

CAPITULO VI.

Maternidad humana de Maria, por un misterio del amor de Jesucristo para con los hombres.

Hemos visto ya efectuarse sobre la cima del Gólgota, el espectáculo mas grandioso que pudo presenciar jamás la naturaleza. El Unigénito del Padre tan eterno, tan omnipotente y tan santo como él, está pendiente de una Cruz. Los espíritus celestiales se hallan asombrados como si se hubiera desconcertado el orden de la creacion, y contemplan admirados al Santo de los Santos, al Redentor del género humano, brotando torrentes de preciosísima sangre por todas las partes de su cuerpo. En medio dos ladrones se halla el que vino á dar la salud al mundo: pero desfallecido, cárdeno y próximo á exhalar su postrimer aliento: habíanse cumplido los vaticinios de los Profetas, olvidados por aquel pueblo ingrato y desleal que no habia querido reconocerle como Mesías. La naturaleza empezaba á estremecerse, dando pruebas del sentimiento que le causaba la muerte de su autor. Entre tanto el entendimiento del Redentor se ocupa en penetrar los siglos venideros y en considerar que la ingratitude de los israelitas ha de tener muchos imitadores en los tiempos futuros, en los que tan poco fruto habian de reportar en muchos hombres sus padecimientos y tormentos. Presente á su imaginacion se hallan no solamente las grandes persecuciones que habia de experimentar su Iglesia por parte del paganismo, sino tambien las heregias todas

que á tanta multitud de criaturas habian de apartar de su verdadera doctrina, y veia á muchos de los que habian de componer su nuevo pueblo, que volviéndoles las espaldas habian de quemar incienso ante deidades fementidas. Mucho le hacian sufrir los tormentos á que voluntariamente se habia entregado por el hombre: un dolor inconcebible le producian las llagas que cubrian su cuerpo; pero mucho mas despedazaban su corazon sus melancólicos pensamientos. Jesus va á entregar su espíritu en manos del Eterno Padre para consumir la obra de la Redencion; pero antes pronuncia siete palabras que rebosan amor, bondad y misericordia; palabras que nos declaran toda su infinita caridad para con el hombre, causa de sus tormentos y su muerte: para con el hombre, cuyas carcajadas é improperios estan aun resonando en sus oidos. Vamos á indicar las siete palabras pronunciadas por el Redentor, y nos detendremos despues en la esplicacion de la tercera, que ha dado motivo al epígrafe de este capítulo, y que es la que nos cumple explicar en la Historia de la Santísima Virgen.

1.^a PALABRA. *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* De este modo disculpa con su Eterno Padre á los mismos que le habian crucificado y aun le llenaban de improperios, pidiendo para ellos perdon y misericordia, y enseñando con este sublime ejemplo á las criaturas á perdonar las ofensas y á volver bien por mal.

2.^a PALABRA. *En verdad te digo: Hoy serás conmigo en el Paraiso.* Dimas, crucificado á la derecha del Salvador, tuvo la dicha de reconocer la inocencia y santidad de Jesucristo. Desde su cruz contemplaba la paciencia inalterable del Señor, y en el momento en que le compadece y reconoce que padece sin causa, oye una voz interior que le declara la divinidad de Jesucristo. *Señor*, esclama en el

momento, *acuérdate de mí, cuando vinieres á tu reino*. El premio á su pública confesion no se hizo esperar, ofreciéndole el Señor llevarle consigo á su gloria.

3.^a PALABRA. *Mujer, hé ahí á tu Hijo... Hé ahí á tu Madre*. Esta es la preciosa cláusula del Testamento del Salvador, en la que nos hemos de detener. Sigamos antes indicando las otras palabras que pronunciaron sus divinos y agonizantes lábios.

4.^a PALABRA. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* En el estado aflictivo en que se hallaba la santísima humanidad de Cristo nuestro bien, solo podía recibir consuelo de su Eterno Padre. Mira á su Madre y la vé sumergida en un piélago insondable de penas y dolores: piensa en sus Apóstoles y los vé escondidos á causa del miedo. ¿A quién se dirigirá? A su Eterno Padre, y en esta palabra que pronuncia queda cumplido otro vaticinio, con el que dió principio David al salmo XXI: «Dios mio, Dios mio, mírame; ¿por qué me has desamparado?»

5.^a PALABRA. *Sed tengo*. Quiso Jesus que no quedase por cumplir ni una sola de las profecías y acordándose que David habia dicho: *En mi sed me dieron vinagre*, exclamó: *sed tengo*. Pero no era la sed materia la que afligia su Cuerpo casi estenuado, sino la sed de padecer mas y mas por el hombre si necesario hubiese sido salvarle. Tenia sed de glorificar á su Padre, y de ver al mundo entero postrado ante su Cruz: tenia sed de la salvacion universal. Los que allí estaban «poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca.» Jesus gustó el vinagre porque era amargo, pero no lo bebió por que confortaba.

6.^a PALABRA. *Todo está consumado*. Al acercarse Jesucristo á la ciudad deicida, habia anunciado á sus discípulos

los que iban á cumplirse todas las cosas que habian sido escritas por los Profetas acerca del Hijo del hombre. Ahora, pues, antes de exhalar el último suspiro, anuncia que todo está consumado. *¡Todo está consumado!* Cumpliéronse las setenta semanas sobre el que ha sido pueblo de Dios, ya envilecido y degradado, y sobre la santa ciudad. El pecado tiene fin, la maldad es borrada, la justicia es plantada sobre la tierra y ha sido ungido el Santo de los Santos. *¡Todo está consumado!* Ha desaparecido la noche del pecado, sustituyéndola el dia claro y refulgente del amor y de la misericordia. Lo que habia sido prometido á los Patriarcas, lo que habian anunciado los Profetas, lo que estaba significado en las antiguas ceremonias, todo ha sido cumplido. Esto significó el Salvador cuando momentos antes de espirar en la Cruz, exclamara: *¡Todo está consumado!*

7.^a PALABRA. Cuando el divino Salvador iba á exhalar los últimos alientos vitales, hizo un esfuerzo y acompañando su voz con muchas lágrimas, como dice el Apóstol exclamó: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. No nos detengamos ahora en contemplar el último momento de la existencia de Jesucristo, porque espuestas la siete palabras que habló, pendiente del sagrado madero, vamos segun ofrecimos á ocuparnos de la tercera, en virtud de la cual, María que era Madre de Dios por un misterio del amor del Espíritu Santo, queda constituida Madre de los humanos por otro misterio del amor de Jesucristo para con las criaturas.

María inmóvil cual estatua de piedra al pié de la Cruz, contemplaba el terrible espectáculo que presentaba su divino Hijo. No es una Agár que aparta sus ojos por no ver espirar á su Ismael amado; es sí, una heroína admirable y sin segunda, que tiene fija su vista en el desfigurado y acardenalado rostro de su divino Ismael, que contempla sus

llagas y presencia sus tormentos. Ella habia oido la voz de Jesus, pidiendo al Eterno Padre, perdon y misericordia para sus miserables enemigos, é identificada ella con sus mismos sentimientos, pide tambien perdon para los que habian causado los tormentos de su Hijo y sus propios dolores. Tambien habia oido la promesa del Paraiso hecha al buen Ladron, y da gracias al Señor por la conversion de aquel pecador que formaba las primicias de los innumerables pecadores que habian de ser atraidos por Jesus crucificado al conocimiento de la verdad.

Una nueva palabra se dispone á pronunciar el Señor, pero palabra que vá á llenar de ventura á la doliente humanidad, por la que da su sangre. Su mirada se ha encontrado con la de María, abre sus cárdenos lábios en los que ya se advertian las señales de una próxima muerte, y no llamándola en aquellos instantes supremos Madre, sino tan solo mujer, decreta su maternidad á favor de los que quedaban redimidos por el sacrificio de su vida. *Mujer, hé ahí á tu hijo...* ¡Qué palabras acaban de pronunciar los lábios de Jesus! ¿Qué efecto han de producir en adelante? Habla el que padeciendo como hombre, es al mismo tiempo un Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Las palabras han sido dirigidas á su Madre, y el nuevo hijo, representado en Juan, es todo hombre, porque por todos padece y muere en la Cruz el que lega su Madre á la humanidad. ¡Legado precioso! Manda de un valor inapreciable! Por ella el hombre queda constituido hermano del Redentor é hijo de la Co-Redentora. ¡Qué vínculos tan honrosos al par que benéficos para el mísero mortal! Pero aun no ha concluido Jesucristo: vuelve los ojos hácia San Juan y *hé ahí*, le dice, *á tu Madre*. Hé ahí á la Virgen singular que fué predestinada desde antes que existiesen los siglos para ser mi Madre: es la

criatura mas bienaventurada de la tierra: si por los hombres he sufrido yo tantas aflicciones y tormentos; si por el rescate de la humanidad me veo pendiente de este patibulo de infamia, no han tenido otro motivo los crueles dolores que de un modo el mas violento martirizan su corazon: quiero dejarla por madre de los hombres, pues asi como yo soy el solo Mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre mi Eterno Padre y los hombres, la constituyo á ella Medianera de intercesion para conmigo, para conceder por su mano á las criaturas mis gracias y bondades. ¡Oh fineza de incomprendible valor! ¡Oh amor extraordinario y caridad infinita de Jesucristo para con los mortales! A María se la confian los destinos del mundo moral, y ella ha aceptado y acatado la voluntad de su divino Hijo: modelo el mas perfecto de obediencia, apenas ha escuchado el mandato de Jesus, abre sus brazos y estrecha en su corazon á toda la humanidad. Jesus ha hablado, ha declarado su voluntad, y el hombre que se vé de continuo rodeado de peligros en la tierra de su peregrinacion, tiene ya una madre, pero no una madre cualquiera, sino la misma que es Madre de Dios. Nada podia faltar en este nuevo Testamento de la ley de gracia. En él se declaran herederos de la gloria á todos los que creyesen y confesasen á Jesucristo, con tal que esta confesion y esta creencia vaya acompañada con el arrepentimiento de las culpas. Del modo mas elocuente lo declara el Señor desde la Cruz, convertida en cátedra de la mas divina enseñanza, con la promesa que hace á Dimas del Paraiso. Era necesario mas: el hombre desgraciado necesitaba á cada paso consuelo y amparo en las tribulaciones de la vida: á esta necesidad proveyó tambien Jesucristo. ¿Y á quién elige para este cargo? A su misma madre; á la que habia sido su compañera insepara-

ble durante los tormentos del Calvario: á la que tantos y tan crueles dolores habia sufrido por los hombres. La Iglesia queda dotada de una Reina clementísima y los hombres de una madre cariñosa dispuesta siempre á dispensarles su proteccion y amparo. Justo era, pues, que quedaba cumplida la promesa hecha en el Paraiso á los primeros padres, quebrantando María la cabeza de la serpiente, que ella se pusiese á la cabeza de todos los hijos de Eva. En adelante todos los cristianos, representados en Juan, discípulo fiel que no la abandonó en los momentos de la tribulacion y del peligro, llamarán á María madre, y ella como verdadera madre les amparará en todas sus tribulaciones, enjugará sus lágrimas, les acogerá bajo su manto de misericordia, y como reina y medianera de intercesion les alcanzará el perdón de sus delitos.

Pero debemos considerar ahora qué efectos produjo en el corazón de la Santísima Virgen esta disposicion del Testamento de su divino Hijo. ¿Pudo servirle de consuelo? ¿Pudo aliviar en algun tanto la amargura de su corazón? Es indudable que no, y antes por el contrario formó un nuevo golpe y golpe cruelísimo para la Señora. Eran las palabras precursoras de una cruel despedida. Exánime y ya casi sin vida, la llama mujer y no madre, porque habla como Dios y Salvador. Mujer... «En aquella palabra, tácitamente y en su aceptacion, dijo, segun la venerable Agreda: Mujer bendita entre todas las mujeres, la mas prudente entre los hijos de Adan, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme, y á quien las muchas aguas de mi pasion no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me voy á mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte: mi discípulo amado te asistirá y servirá como á Madre, y será tu hijo: él repre-

senta en su persona á todos los que como él me sean fieles y me reconozcan por su Dios.» Juan, pues, sustituya á Jesús. «¡Oh sustitucion amarguísima! ¡Oh cambio doloroso para el corazón de María! dice San Bernardo: ¡Juan en lugar de Jesús! ¡El esclavo en vez del Señor! ¡El discípulo en lugar del Maestro! ¡El hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios! ¡Un simple mortal por Dios mismo! ¡Ah! ¡Cruel y funesto cambio! ¡Triste y malhadado consuelo!»

Ya hemos citado unas palabras del mismo San Bernardo en las que nos dice que María al pié de la Cruz, pagó con usura los dolores de que se vió libre en su parto por su virginal pureza. En efecto: «al pié de la Cruz, dice Augusto Nicolás, sintió María estas angustias de parto, donde se hizo Madre nuestra por la muerte de Jesucristo, que desgarró su alma. Esta muerte que fué su gran dolor, fué nuestro parto: parto real de parte de María, puesto que ese dolor inmenso concurrió á él en la union mas estrecha con la víctima.»

«Esta víctima la fué un instrumento de suplicio, una Cruz en la cual padeció en su alma cuanto aquel objeto amado padecía en su cuerpo, ofreciendo con él, con una misma voluntad, un mismo holocausto, derramando ambos á dos su sangre: el uno la de sus venas, la otra la de su corazón; y muriendo los dos, en cierto modo, por la salud del mundo: él con una muerte que ponía fin á sus padecimientos, ella por una supervivencia que era sólo una muerte.» ¡Oh! ¡Cuánto costó á María nuestra maternidad! Bien podemos decir que nos dió á luz en el Calvario en medio de los mas crueles tormentos. Empero el hombre puede darse á sí mis-

1 S. Bern. Serm. *De duodecim stellis*.

2 La Virgen María segun el Evangelio, cap. XIX.

mo el parabien porque no queda en el mundo huérfano y sin apoyo.

Ahora quisiéramos que nos fuera dado poder explicar los continuos beneficios que el mundo recibe cada día por esta Virgen Santísima á la que millones de cristianos saludan con el tierno título de Madre. Pero por nosotros habla la devoción universal que es como innata en todos los pechos católicos: hablan tanta multitud de templos que dedicados á Dios, llevan su nombre: tantos bellos simulacros, imágenes preciosas, que recuerdan de continuo los misterios de su vida ó las diversas advocaciones con las que la Iglesia la saluda. Mal que les pese á los impíos Nestorianos, á los sacrílegos sectarios de Leon Isáurico y á los atrevidos Protestantes, el mundo está lleno de monumentos que la gratitud cristiana ha elevado en honra de la Madre de Dios y de los hombres. ¿Qué significa ese entusiasmo de todos los pueblos, cuando se trata de celebrar las glorias de la Virgen María? ¿Qué significa ese continuo clamoreo de todos los cristianos, llamándola Madre, siempre que se encuentran en aflicción? ¿Qué da á comprender ese regocijo con que se forman tantas hermandades y congregaciones con el objeto de bendecir su nombre, de cantar sus alabanzas, de impetrar sus piedades? Es claro á todas luces: María es la Madre de todos los humanos y los hijos á nadie llegan nunca con la confianza que á sus madres. Apenas la luz de la razón empieza á disipar las tinieblas de la ignorancia en que nacemos envueltos, aprendemos á bendecirla y nos acostumbramos á amarla: nos es simpático su culto, y su devoción parece que nace con nosotros. ¿Qué felices somos en haber nacido en el seno del cristianismo! ¿Cuánta es nuestra dicha en tener una Madre tan amante y tan misericordiosa! En ella, *escala misteriosa por donde Dios bajó á la*

tierra, para que los hombres mereciesen subir al cielo, fijamos con razón nuestra esperanza de salvación. ¡Gloria á la Madre de la humanidad! ¡Maldición á sus enemigos!...

Así como no sabemos apartarnos de sus altares, pues no nos cansamos de enviarle nuestros suspiros, así no sabemos concluir cuando nos ocupamos de sus glorias ó de los bienes sin cuento que por ella recibe la humanidad: su belleza nos encanta: sus gracias arrebatan nuestras atenciones; sus virtudes nos admiran: su caridad para con las criaturas alienta nuestra confianza, y nos hace experimentar dulces consuelos: en nuestras tribulaciones nos abandonamos en sus manos: su devoción tiene sobre nuestro corazón un dominio que no sabemos explicar, pero que nos impulsa á amarla después de Dios mas que á todas las cosas: su culto tiene para nosotros una simpatía, una poesía indefinible: ¡Ah! Que no puede ser de otro modo: es nuestra Madre, y jamás podremos olvidar el precioso legado del Testamento del Hombre-Dios: ¡*Hé ahí tu Madre!*